

La Señora de los Pájaros



DANA
HART



Ha llegado el momento en el que la juventud, no tiene ningún problema en tratarme de “vieja”. Con muchísima facilidad, se me dice “vieja” esto, “vieja” aquello. Como si no hubiera variedades, ni posibilidades finales más allá de una única opción: envejecer.

Me quedo viendo a los pájaros comer las semillas que les rocío. Les gusta picotearlas, mientras me observan con desconfianza, usando un solo ojo. Ya creo poder identificar a dos o tres, que vienen regularmente. Uno tiene la pata con plumas especiales, que sobresalen como un adorno blanco, y me permiten identificarle. Otro es el más confiado, y se sube a la mesa que puse, con un jarrón lleno de agua, pero todavía no se baña ni bebe. Quisiera verlo refregándose las alas y chapoteando, pero es mucha su desconfianza.

Supongo que piensan que puede tratarse de una trampa. Algún gato que se ha puesto serio, y les rocía carnada, para atraparlos después, cuando detengan su vuelo. Pero no soy un gato. Soy una señora, la señora de los pájaros, no tengo muchos ni son míos. No se me suben encima como en las películas, ni me hacen caca sobre las pestañas. Son de lo más pulcros. No he visto un solo desecho tóxico ni en la reja, ni sobre la mesa, ni en ninguna otra parte del balcón. Vienen porque quieren, porque lo deciden, porque apuestan a que finalmente no sea el gato. Y no lo soy. No son mascotas, ni “les tengo”, no soy su dueña. Son libres. Deciden mi balcón para picotear. Se meten la semilla y lanzan la cáscara. Nada les está prohibido. Son libres. Y en su libertad, nos enseñan, lo último que se aprende, la consciencia de la naturaleza.

La mayoría son chincoles, tienen el pecho color caramelo y las alas más oscuras. Hay una pequeña línea cobriza sobre su cuello, la garganta es blanca y se peinan hacia arriba. A veces veo peleas, donde luchan por una semilla, y creo poder identificar que se trata de una pajarita, que deja a sus pichones y se va, pero cuando ve que viene otro pájaro a comer de sus semillas, le ataca inmediatamente. Es más su territorio que el mío. Me doy cuenta de que son pichones, porque son más pequeños y alborotados. Miran frenéticos hacia todas partes, como si no pudieran disfrutar de un bocado. La costumbre de ser depredado, el temor. Solo poco a poco, se relajan y se olvidan, entran en la danza hipnótica de la gota que cae en las mañanas, convirtiendo al silencio, en pura abstracción. ¿Sabrán que les veo?



Pensé en construirles una casita, a ver si deciden quedarse, por esto de las lluvias y las tormentas. Agarré la sierra eléctrica y corté las maderas, les di la mejor forma que pude y después las pinté de blanco, usando un esmalte de colores para adornarla. ¿Decidirán quedarse?



No siempre fui la señora de los pájaros. Escuchando sus diferentes sonidos y sintiendo la emoción de los tonos. Antes yo, trataba con seres humanos. Tenía el hábito de formarles. De educarles. Como toda maestra. Moldear a un humano es de lo más difícil, casi siempre hay algo terco, pero es peor, una parte no puede odiarte, y otra parte tiene que hacerlo. Te puede llegar a quitar la sonrisa en un segundo, por haberle dicho algo que no le gustó, en un tono que no le gustó, independientemente de si fuera cierto -siempre es cierto-.

Formar es tarea difícil. No es como rociar semillas y observar los movimientos frenéticos. Pero hay cosas aun peores. Mucho peores. Como ayer por ejemplo, que mataron a Facundo Molaes en el suelo del obelisco. Podía verse un grupo de gente, comprimida contra el piso, con las rodillas y los

puños de la policía federal encima. Gente diciendo “no puedo respirar”. Y entre la gente, un hombre, que se pone visiblemente morado, y sufre un colapso de sus pulmones, bajo la bota represiva. Se corren para atrás los “efectivos”, y se quedan viéndole morir, como si dirigieran el tránsito. Muere, ante los ojos del mundo, asesinado.



Imagen de Marchaorgar

Nada puede existir peor que eso. Pero a mucha gente no le gusta hablar de esos temas, creen que es demasiado politizado, en estos tiempos en los que ya todo pasó, lo viejo, lo más viejo, lo imposiblemente viejo. Y yo, me hice vieja igualmente. Porque tal vez, solo tal vez, ser vieja, no sea el lado equivocado.

Algo sabrán las aves, que –ya no- temen.

Aves para personas pareidólicas:







WWW.DANAHARTESCRITORA.COM